

clase en que tengo de entrar; y finalmente, que ántes de verificarse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazón entró mi tío. Leclerc se retiró prometiéndome que participaría cuanto yo le habia dicho á su amo el conde. Mi tío quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome ántes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tío, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una mujer como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenia derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de la alta clase; en una palabra: Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocia que se habia de enojar, habia querido, ántes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondí con desden.

Se me habia hecho odioso desde este momento. Léjos de mirarle como á mi bienhechor, no veia en él sino un hombre sin fe, sin honor y sin probidad. ¡Cómo! decia yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!.... ¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecia este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacia el jóven Leclerc, á quien debia tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad. El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tío, sin excitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenian que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se continuaria una historia que tenia embelesados á los muchachos.

## TARDE XLV

### LA FELICIDAD MUNDANA

Tras una vaga ilusion  
Corres, si dicha cabal  
Pretendes en este val  
De inquietudes y afliccion;  
Dirige tu inclinacion  
Á otro bien mas superior,  
Que la dicha es una flor  
De cualidades divinas;  
Y no hay rosa sin espinas,  
Ni aquí hay dicha sin dolor.

Sobremanera impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

Continúa la historia de Emiliano.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tío tenia la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre varias ropas hallé la alhaja que